



Año XLVII

Orihuela 15 Junio de 1929

Num. 1092

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

¡¡Entronizadle!!

Los rojos claveles, emblema del amor esparcen sus delicados perfumes ante el tabernáculo, y, Jesús, mostrándonos su corazón abierto, nos dice: *Venid a Mi todos los que trabajáis y estais cargados y yo os aliviare.*

A esta amorosa invitación y dulce llamamiento, los templos llénanse de fieles; y ante el altar del Deifico Corazón las almas inocentes depositan la rica ofrenda de sus virtudes y los pecadores las lágrimas derramadas por sus pasados extravíos. Los dichosos dan gracias por los beneficios recibidos y los desgraciados buscan allí el consuelo y alivio de sus pesares.

El Sagrado Corazón de Jesús, que es fuente inagotable de amor y misericordia, a nadie rechaza y a todos recibe, atiende y consuela, pero nos dice a todos también: *Hijo mío, dame tu corazón.*

Pide Jesús el corazón, porque, como es Rey Pacífico, quiere reinar por amor en los individuos, en las familias y en los pueblos cristianos; por consiguiente, si nosotros somos verdaderos devotos suyos, hemos de entregárselo de muy buena voluntad, ya que el mundo está lleno de ingratos que se lo niegan sin pizca de miramiento.

Entronizad, pues, niños inocentes, al Sagrado Corazón de Jesús en vuestras almas para que El os las conserve puras y limpias de todo pecado.

Entronizadle jóvenes cristianos, para que El santifique vuestros amores,

os aparte del vicio y os guíe en la edad de las ilusiones por la senda de la virtud.

Entronizadle, hombres laboriosos y honrados, para que en medio de las luchas y trabajos de la vida El sea alivio y descanso en vuestras fatigas.

Entronizadle, venerables ancianos, para que en el ocaso de vuestra existencia El sea vuestro sostén y esperanza en medio de los desengaños del mundo.

Entronizadle, sacerdotes celosos, para que El os de la gracia de ablandar y convertir a los corazones empedernidos.

Entronizadle en vuestros hogares, padres de familia, para que El los bendiga y santifique y haga renacer en ellas las costumbres cristianas, que el paganismo moderno quiere a todo trance desterrar.

Entronizadle, en vuestras naciones, gobernantes, para que El bendiga los pueblos y aparte de ellos todos los males sociales.

Entronicémosle todos en nuestro corazón; y puesto que a nosotros nos ha dicho: *Reinaré en España*, que no haya un español que verdaderamente lo sea, que no tenga en su corazón y en sus labios el dulce nombre del *Corazón de Jesús*.

J. Maciá.

La Bandera Española

La actual bandera española, roja y amarilla, es nacional desde el año 1843 en que fué dada uniformemente al Ejército.

En 1785 Carlos III la había dado a

la Marina de guerra con el escudo y la corona real; y a la Marina mercante, sin escudo ni corona y con dos listas amarillas sobre las dos partes rojas, listas más estrechas que la amarilla del centro.

Al unirse las coronas de Aragón y Castilla en los Reyes Católicos, don Fernando, temiendo herir la delicadeza de los castellanos, nada acordó acerca de las banderas. De modo que España por entonces careció de bandera nacional. En la guerra cada general o almirante usaba su bandera en el ejército; por eso las banderas que se conservan en nuestros museos, en la Armería, en los templos, etc. etc., de las naves de Lepanto, son distintas entre sí.

No obstante, el rojo y el amarillo se consideraban como colores nacionales. Rojo y amarillo era el uniforme de la guardia española creada por los Reyes Católicos, base del ejército español; rojo y amarillo el uniforme de los primeros tercios creados por el Cardenal Cisneros; rojo y amarillo el estandarte de Carlos I; igualmente los informes de los trompeteros de Carlos de Luno, en París, y las plumas de los cascos; rojo y amarillo el uniforme de los tercios de Flandes.

La cinta de cancillería de la corona de Aragón era roja y amarilla por reglamento de don Pedro IV el Ceremonioso en sus célebres ordenanzas, y luego fueron, por lo general, los colores de la cancillería de los reyes españoles de la Casa de Austria.

En los cuadros de los pintores flamencos de los siglos XVII y XVIII, aun en algunos del XVI, que repre-

sentan batallas en que figuraron españoles, las banderas de sus barcos y de sus tercios eran amarillas y rojas.

Por esto Carlos III obró sabiamente al adoptar para la Marina española esa bandera de Aragón, roja y amarilla, y roja solamente la de Castilla, ésta quedaba incluida en aquella según los usos y cánones de la heráldica.

Y si los colores de la bandera deben ser los mismos del escudo, como la heráldica prescribe, los escudos de Aragón y de Castilla, son precisamente rojos y amarillos: castillo de oro sobre campo rojo.

El uso, pues, de la actual bandera española data de 1785 como bandera de la marina española, y de 1843 con carácter de bandera nacional.

Hacia el apache

Acabo de ver una de mis parroquianas, por cierto mujer intranquila.

«Una de mis parroquianas» es un decir, porque ella no pone nunca el pie en la iglesia—a no ser para las bodas, bautizos o entierros—lee horrores... espirituales, pero ¡qué horrores! —y no cree sin embargo que gran parte de ellos pueden ponerse a su cuenta corriente.

Pero de todos modos es mi parroquiana al fin y al cabo, y, sin frecuentar su casa, la visito alguna vez como lo requiere la caridad.

La he encontrado esta tarde «desenfadada... desenfadada» de su expresión.

Acababa de leer los periódicos. Terminaban de asaltar dos villas o fincas de recreo cerca de ella. Un bandido enmascarado había despertado a la mujer de un cónsul amigo, y apuntando con un revólver a su cara la había hecho entregarle doscientos mil francos en joyas.

Y la semana última una distinguida familia, que volvía de su país, de noche y en auto, había chocado contra un hilo de hierro tendido a través del camino. El padre y los hijos habían salido con la frente rota, la garganta desgarrada y unos bestias emboscados detrás de los árboles habían acabado con ellos a tiros de revólver.

Esto era lo que contristaba a mi parroquiana.

—Comprende usted, los crímenes no cesan. Según esto algún día me va a tocar a mí...

—¡Efectivamente!—

—Os lo digo convencida. Yo puedo ser degollada, fusilada, robada... ¡efectivamente! En fin, esto es abominable.

—¡Y tan lógico!

—Palabras odiosas de académico... o de teólogo.

—No, señora, son expresiones salidas de la vida real viviente. Todos esos crímenes, cuyo número se multiplica cada día es la mies maldita que sube...; es lo que se ha sembrado con encarnizamiento por espacio de cincuenta años.

Mi parroquiana arroja entonces el periódico al suelo con impaciencia.

—Pero, yo no he sembrado nada.

—Perdón, señora, ¿no se molestará usted si os expongo mi pensamiento entero?

—¡Oh!, no, exponga lo que quiera.

—Entonces voy a pensar alto; yo estimo desde luego que usted ha sembrado por todas partes el mal ejemplo.

—¿Yo?

—Sí usted no viniendo a misa, no cumpliendo con Pascua, recibiendo periódicos antireligiosos, que leen vuestras relaciones, y vuestros domésticos en la cocina.

—Pero esto respecta y mira a mí *personalmente*... Es un asunto entre yo y Dios, si existe.

Determinándose y fijándose el campo de batalla yo me instalo en mi butaca.

—Señora, ningún asunto es *estrictamente personal*, usted forma parte de un todo social. Somos solidarios unos de otros. Si usted no cree en Dios ni en la vida futura ¿por qué quiere usted que crean en ella sus domésticos?

—¿Mis domésticos? Crean lo que se les antoja.

—¿Y si a ejemplo vuestro no creen en nada?

—Y ¿qué?...

—Pues se dirán: ¿por qué la señora es tan rica y nosotros pobres? ¿Por qué somos criados y no amos?

La señora se abanica con nerviosidad.

—¡Bah! estas son cuestiones...

—Pero... bastante importantes. Se plantea en todas las partes por el país. Es lo que se llama el socialismo, el comunismo, el bolchevismo... Hay 70.000 maestros largamente recompensados por vosotros... trabajan *todos los días*. Hacen colonias de vacaciones. Acaban de sacar de los pequeños cerebros lo que en ellos queda de atavismo religioso. Cuando todo esté ya completamente laicizado, preparaos.

—Confieso que no veo la relación.

—Entonces volveré a ser preciso.

Es sin embargo claro como el agua de la fuente. Seguidme; si Dios no existe... si no hay vida futura... no hay sanción allá arriba... el bien y el mal no son más que meras palabras destinadas a engañar *solamente a los imbéciles*.

Los inteligentes dirán: Gocemos cuanto podamos... ¿Por qué no?

Para gozar es preciso dinero. ¿Qué no lo tengo? ¡Es tan fácil!... Basta comprar un revólver..., una pistola. Después una noche al pasar por una encrucijada y caer sobre vuestra casa como si cayera en casa de vuestros amigos dirá:

—«Apreciable señora: yo siento interrumpiros de esta manera en vuestro sueño Pero tengo necesidad de 20-30.000 francos. ¿Podría usted dejarme, *prontito, prontito* vuestras sortijas, vuestras llaves, vuestros collares, vuestra bolsa? Solamente os prevengo una cosa—si llamáis—tendré el sentimiento de levantaros la tapa de los sesos».

Así en dos minutos el «inteligente» se hace una fortuna.

Y yo os repito ¿por qué no? ¿Si Dios no existe?

Hay un silencio.

—Entonces, según usted... replica ella.

—¡Oh!, no es *según yo*. Es según la lógica de todos los siglos. Es preciso o dejar a Dios en la escuela y en la sociedad y llevarle no por la escalera del servicio sino por la puerta grande y mostrarle a todas las clases sociales

CASOS Y COSAS

gritando: *Este es el que tiene palabras de vida eterna. Esta es la piedra angular.*

O de lo contrario acepta la ley del apache.

Es decir, la manifestación más frecuente de la fuerza bruta como en la época de las cavernas... pero con los encantos de la civilización; el revólver, el estupefiante, la caída del avión, etcétera, etc.

En este momento entra un doméstico, entra silencioso, trayendo sobre un plato algunas cartas y los periódicos de la tarde.

Mi parroquiana hace saltar una faja, lee y en seguida me alarga el periódico. Era el del martes 24 de junio. Y he aquí los títulos que en seguida diviso:

Un individuo enmascarado, revólver en mano desvalija un wagón postal.

Por cima había:

Un automovilista ha sido robado en el camino de Versailles por dos jóvenes de 18 años.

Y debajo:

Revólver en mano un bandido ha desvalijado una caja de caudales en Burdeaux.

Después de haber degollado su pequeña amiga, un joven obrero se ha arrojado por la ventana.

Y para terminar:

Un niño de 10 años ha muerto en Saint Amand (Cher), a su joven camarada, de una bala en la cabeza...

—¡Un niño de 10 años!, murmura ella, desalentada.

Entonces me levanto. Pero en el pasillo de la puerta le digo a mi escéptica parroquiana:

—Apuesto con usted lo que quiera.

—¿Qué?

—Yo apuesto a que ninguno de estos desdichados ha ido a misa el domingo último.

—¡Seguramente!

—Entonces... concluid.

Pierre L' Ermite

Después de leído este periódico, no do tire ni lo rompa, delo a leer.

En Madrid han terminado las sesiones del Consejo de Naciones.

Durante unos días los salones del Senado se han visto animados por la presencia de delegados extranjeros y nacionales, los cuales al rededor de una mesa en forma de herradura han deliberado sobre interesantes temas.

España les ha hecho amena la estancia, con banquetes y excursiones.

La prensa ha tenido materia abundante para llenar sus columnas.

Los madrileños se han divertido viendo caras y tipos.

En fin, se ha cerrado el periodo de las sesiones *tutti contenti*.

Y hasta la vista...

A los franceses se les han revuelto otra vez los moritos haciéndoles una jugarreta.

Parece que los elementos directores del Protectorado francés se han ocupado más vivamente de la política, que de la pacificación.

Al Presidente anterior lo hubieron de cambiar por lo mismo. Ahora piden que se haga con este cosa parecida.

Las luchas interiores no deben llegar a las colonias ni a los protectorados.

Cuando los de abajo se enteran de las divisiones y luchas de los de arriba, se van derechos a la sublevación y a la rebeldía.

Los aviadores Jimenez e Iglesias han sido recibidos con inusitado entusiasmo en Sevilla y en Madrid.

Son dos aviadores gloriosos... y además simpáticos.

La modestia es simpatía y ellos han hablado y se han comportado modestamente.

Así son los verdaderos heroes.

El postín es ridículo y revelador de debilidad.

También se han mostrado buenos creyentes.

En Sevilla han ido a rezar delante del Jesús del Gran Poder.

Tienen esos jóvenes verdadera sangre española: valiente, cristiana y heroica.

En Yanquinlandia siguen no entendiéndose secos y húmedos.

Un diputado yanqui ha dicho en la Cámara: «La ley seca está sostenida por asesinos. La lista de asesinatos se ha convertido en escándalo nacional».

El trato es como para dentro de casa.

Los unos llaman a los otros, borrachos.

Los otros llaman a los primeros, asesinos.

Y parece que los húmedos llevan razón, porque las muertes en los tiroteos para evitar el contrabando, se suceden con lastimosa frecuencia.

Dicen los secos, que muere mucha gente por el uso del alcohol.

Será más o menos verdad; pero es lo cierto que mueren más por las luchas del contrabando.

Los periódicos del izquierdismo están como para ahogarse con un pelo, porque uno de los médicos que curan por el trigémico se ha santiguado antes de empezar una operación.

¡Santiguarse antes de quemar el trigémico!

¡Vaya por Dios!

Sin duda han pensado El Socialista, El Sol y otros periódicos que el trigémico es anticlerical.

El trigémico no era más que un emboscado como tantos y tantos amigos de El Socialista en el Ministerio del Trabajo y en los cargos retribuidos de los Comités paritarios y no paritarios.

A. Hernán

Un mono atrevido

Vivía antiguamente en Roma una familia portuguesa, compuesta del padre, don Manuel, de la madre, doña María y de un niño de pocos meses.

Hallábase ausente de su casa don Manuel, cuando un día, mientras comía su esposa, un mendigo llamó a la puerta. Salióle a recibir doña María, dejando, mientras tanto, solo en la habitación al niño dormido en su cuna.

Entonces, aprovechándose de su ausencia, un mono que don Manuel había traído de Goa, va a la cuna del niño, trepa por ella, cógele envuelto en su sabanita y sale corriendo de la habitación.

Embebida en sus quehaceres la madre, nada advirtió de las maniobras del mono; y, aunque le extrañó el profundo silencio que se hizo en la calle, no procuró averiguar su causa.

El mono, con el niño debajo del brazo, paseábase en aquel momento por el alero del tejado, ante los espantados ojos de los transeuntes, que no se atrevían a gritar, temerosos de que, asustado el animal con sus gritos, soltase su presa y estrellase al niño contra la calle. De pronto, una mueca de alegría anima el rostro del mono; párase, coge con sus peludas manos los extremos de la sábana, y suspendiendo al niño fuera del tejado, comienza a balancearlo. Y doña María no se había dado cuenta aún de nada.

Los aterrados espectadores de aquella escena no se atrevían a gritar y, por otra parte, el niño iba a caer de un momento a otro. Una inspiración cruzó por la mente de los que contemplaban aquella aterradora escena; todos cayeron de rodillas y un Ave María, ferviente y confiada, resonó en el espacio, cual grito que el náufrago lanza llamando a su madre, antes de hundirse bajo las enfurecidas olas.

El mono desde lo alto, miraba extrañado, y apenas pronunciaron la última palabra de la salutación Angélica, cuando cogiendo otra vez el niño bajo el brazo, se alejó poco a poco y entró en la casa.

Un suspiro de satisfacción brotó de todos los pechos y a él siguieron vivas entusiastas a la Reina del cielo, que de manera tan visible había acudido a su llamamiento. El niño estaba salvado; el mismo mono lo llevó a su cuna.

Aun hoy en Roma, podréis ver en lo alto de una casa, no lejana de la iglesia de San Luis de los Portugueses, un cuadro de la Virgen y ante él una luz que brilla constantemente. Es un recuerdo de aquel memorable día. Aficionémonos al Ave María. En la menor de las tentaciones sepamos rezarla con devoción, sabiendo que después de Dios, no hay quien nos pueda sacar victoriosos de todos los peligros de cuerpo y alma como esta nuestra Madre.

A. M.

No dejes para mañana, lo que puedes hacer hoy

Luis, joven labrador, se presenta un día en casa de un célebre abogado.

—Vengo, señor abogado, a pedir un buen consejo. Parece que nos los dáis más que *buenos* a cuantos vienen a buscaros.

—Cracias por el cumplido. Pero, ¿qué puedo hacer en vuestro obsequio?

—Yo quiero un buen consejo.

—¿Deseáis un buen consejo? Es para una compra, una venta, para una herencia?

—Yo quiero un consejo para cualquier cosa que me sea útil.

—Es usted muy divertido, joven; usted se mofa.

—Nada de eso, señor abogado. Yo quiero un consejo. No os lo pido *gratis*, pagaré lo que sea. Y este consejo, lo quiero por escrito, para tenerle siempre presente. Lo colgaré de la chimenea, o al lado de los retratos de familia. ¡Quiero un consejo!, y uno de los *buenos*, como los que...

—Puesto que tenéis tanto interés en obtener de mí un *buen* consejo, he aquí uno...

Por desembarazarse de este cliente *pelmazo*, el abogado toma una hoja de papel, y rápidamente traza algunas palabras. La pliega en cuatro dobleces, y la entrega al labrador Luis.

—Tomad, joven, y... adiós, usted lo pase bien, que aproveche.

—Bien, gracias, señor abogado. Y, ¿cuánto os debo?

—Veremos esto más tarde, si Dios lo permite, cuando hayáis seguido este *buen* consejo, al menos diez años.

Apenas en la calle, Luis despliega el precioso papel, que no contenía más que esta sola sentencia:

¡No dejes para mañana, lo que puedes hacer hoy!

Cuando entra en la granja o cortijo un criado, viene a decirle:

—*El heno está dispuesto. Solamente, que yo, soy de parecer que se podía esperar a mañana, hace bueno, y...*

—No, de ninguna manera; hay que recogerlo en seguida y meterlo.

Pero, si no hay prisa.

Esto en seguida, ¿sabes? No es conveniente dejar *para mañana, lo que se puede hacer hoy*.

El heno fué metido en aquel mismo día, y de esta suerte fué sustraído a una fuerte tempestad que sobrevino por la noche. Gracias a este buen consejo, puesto en práctica, continúa juiciosamente. Luis ha venido a ser uno de los más ricos cortijeros de los alrededores.

Apliquemos al gran *asunto* al gran *negocio* de la salvación de nuestra *alma inmortal*, el mismo *buen* consejo: ¡No dejemos para *más tarde* el servicio y el amor de Dios, pues esto es demasiado peligroso! Es hoy, es mañana, cuando hay que vivir como *verdadero* cristiano, para que, según la divina promesa de Jesucristo Salvador, *todo lo demás nos sea dado por añadidura* en este mundo, y más tarde. *la eterna recompensa* en la celestial patria de las almas de buena voluntad.

La llave del paraíso

Un niño de seis años fue a visitar el Museo de pinturas con su madre. Al contemplar un cuadro que representaba a Nuestro Señor confiriendo las llaves del cielo a San Pedro, el niño dijo:

—¡Ah!, y ¡qué feliz debe ser San Pedro! Yo quisiera tener también las llaves del Paraíso.

—Yo te las daré, hijo mío—respondió la madre.

—¿Cuándo, mamá?

—Muy pronto.

Salieron del Museo. A la puerta encuentran un pobre anciano, que implora una limosna. La madre dió una moneda a su hijo, quien la entregó al pobre.

Un poco más lejos, una pobre mujer, con un niño en brazos, le tendió la mano. Nueva limosna de la joven madre por mediación de su hijo.

Por fin llegaron a su casa.

—Mamá—dijo el pequeño—¿cuándo me dará usted las llaves del Paraíso?

—Ya las tienes, niño; las he puesto dos veces en tu mano desde que hemos salido del Museo.

—Mi querido niño—dijo la mamá—la llave del Paraíso es la caridad.

Oíd vosotros los que tenéis bienes de fortuna.

—«La limosna es llave del cielo».